

Antón Costas

El malestar de las clases medias

La existencia de una clase media amplia es un requisito esencial para la existencia y buen funcionamiento de la democracia. ¿Pruebe a buscar un país con un sistema democrático estable en el que no exista una amplia clase media! No lo encontrará. Allí donde no existe ese componente social, la democracia es débil e inestable y los regímenes políticos acostumbran a ser autoritarios, caudillistas o elitistas.

Una clase media activa, con capacidad para ejercer su voz frente al deterioro de las cosas, es también fundamental para el buen funcionamiento de los servicios públicos de un Estado moderno. Servicios que, como la educación, la sanidad, los seguros de desempleo o un sistema público de pensiones, son esenciales para garantizar la igualdad de oportunidades –el ascensor social– y para cubrir los riesgos de una economía de mercado, riesgos que las personas no pueden cubrir por sí mismas.

Ese vínculo entre clases medias, democracia y oportunidades apareció en Europa en el periodo de entreguerras mundiales del siglo pasado. Con anterioridad, las democracias eran censitarias, elitistas. Ancladas en sus privilegios de clase y en la acumulación de riqueza que se produjo en la época llamada *gilded age* o belle époque, entre 1870 y 1914, esas élites no supieron ver que la creciente desigualdad de principios del siglo XX era una amenaza para el orden político y social.

Después de la Gran Depresión de los años treinta y de la Segunda Guerra Mundial se logró crear un pegamento que reconcilió capitalismo de mercado, igualdad y democracia. La ampliación de las clases medias durante las décadas centrales del siglo pasado fue su principal resultado. Todo mejoró bajo su impulso durante esas décadas. Fueron los mejores años de nuestras vidas.

¿Cuál es, en este inicio del siglo XXI, el problema en relación con las clases medias, el capitalismo y la democracia? Que el retorno de la desigualdad a nuestras sociedades está jibarizando las clases medias.

Estamos asistiendo a una nueva *gilded age* de la desigualdad como la que tuvo lu-

gar hace 100 años. Una desigualdad que está polarizando nuestras sociedades entre un reducido grupo de superricos y una creciente masa de pobres que no tiene ninguna expectativa de mejora. La influencia de los superricos en la política y, más en particular, en la política económica es muy intensa. Especialmente en Estados Unidos. Pero, a través de su ejemplo y liderazgo, también en el resto de los países europeos.



De hecho, la economía está siendo gestionada por una élite superrica que gobierna en beneficio propio.

Lo ocurrido con los sistemas fiscales en las tres últimas décadas es buen ejemplo de este gobierno en beneficio propio. Han impuesto la agenda fiscal mínima y el recorte de los gastos sociales. Y han presionado para el reconocimiento legal de paraísos fiscales, hasta dentro de la propia Unión Europea.

¿Por qué nos debe preocupar esta polarización de la desigualdad? Quizá porque, como dijera el novelista norteamericano de principios del siglo pasado, Scott Fitzgerald, “los muy ricos son diferentes a usted y a mí”. Tienden a comportarse como apá-

tridas, cosmopolitas, sin ningún compromiso con el resto de la sociedad. Y a defender una meritocracia heredada.

Esa agenda fiscal mínima sobre las rentas altas y la riqueza hace descansar cada vez más la recaudación fiscal que necesitan nuestros estados en las clases medias. Vean el ejemplo de España. La nueva tributación sobre la renta de las personas físicas se centra en el rango de rentas comprendido entre 20.200 y 60.000 euros. A partir de esa cantidad, el tipo impositivo permanece constante, sea cual sea el nivel de ingresos. Me gustaría ser rico, aunque sólo fuese para pagar pocos impuestos.

Existe un creciente malestar social con la evolución de la desigualdad, los ingresos, los impuestos y la gestión de las políticas en todos los países desarrollados y emergentes. Y quienes con mayor intensidad están expresando ese malestar son las clases medias.

¿Nos debe preocupar este malestar? Pienso que sí. Entre otras razones, porque reduce la legitimación social en la que se apoya la economía de mercado y el propio sistema político vigente. Como señalé al principio, la legitimación que aportan las clases medias es esencial para el buen funcionamiento de la democracia. Parémonos en nuestro entorno más cercano. ¿Quiénes son las bases sociales que están detrás del malestar político que impulsa el independentismo catalán? De acuerdo con un clarificador artículo de la socióloga Marina Subirats (“Una utopía disponible. La Catalunya independiente”, *La Maleta de Portbou*, número 6, 2014), las clases medias, especialmente las clases medias profesionales.

Aunque con expresiones políticas diferentes, también en el resto de España es ese malestar de las clases medias el que está emitiendo un grito de alarma. La rápida emergencia de nuevas fuerzas políticas como Podemos o Ciudadanos tiene mucho que ver con la búsqueda por las clases medias de nuevos instrumentos políticos que sean capaces de canalizar sus demandas y revertir la situación.

Hemos entrado en un largo año electoral. Uno de los grandes retos es que los partidos políticos, tanto los tradicionales como los nuevos, sean capaces de recoger ese malestar y formular un nuevo progreso para el siglo XXI.●

Pilar Rahola



El partido menguante

Quizás lo más demoledor de las elecciones andaluzas es cómo se han estrechado las fronteras políticas del PP. A pesar de estar gobernando como si fuera el PRI mexicano en sus épocas doradas, lo cierto es que el dominio pepero va perdiendo vastos territorios por la periferia y lentamente se va convirtiendo en un partido del ancha es Castilla, con mucho poder en el centro pero cada vez más escaso fuera de esos límites. Que un partido de masas, central en un Estado, y que además se permite gobernar sin alianzas de ningún tipo, imponiendo decisiones harto impopulares, no tenga un apoyo equitativamente repartido es algo letal, tanto para los gobernantes como para los gobernados. Y ese es el mapa del PP actual, un PP que se muestra como un auténtico martillo de los herejes que no profesan la fe de la España una, y, sin embargo, parece que esa España que dice tutelar se le resiste. Dicho de otra forma, ¿cómo puede mostrarse como el celador del santuario español si su fuente de votos está seca en amplios territorios?

Veamos el mapa. El PP es un partido residual en Catalunya –y va camino de residualizarse más–, lo cual significa que tiene escasa influencia en un motor básico de la economía del Estado. Sin embargo, ha tomado todo tipo de decisiones contrarias a los intere-

Pierde vastos territorios por la periferia y se va convirtiendo en un partido del ancha es Castilla

ses catalanes sin importarle pactos, ni alianzas, ni la falta de apoyo, conjugando el verbo ningunear sin complejos. A la vez, tampoco es un partido central en el País Vasco, donde las decisiones se toman sin que tenga demasiada importancia lo que opine el PP. Y si en el norte las naciones históricas nunca se han sentido cómplices con su modelo (o antimodelo) de Estado, el sur acaba de enviarle una sonora carta de desamor. Es posible que, en su torpeza, los estrategas del PP lleguen a creerse el discurso del no pasa nada, esto no es extrapolable y etcétera. Pero cuando un partido con vocación de central, que ha tenido un poder incalculable en sus manos, pierde centenares de miles de votos en un territorio de la importancia estratégica y política de Andalucía, es evidente que está seriamente herido. Y no verlo sólo puede responder a la ceguera o al gusto por la mentira. Sea como sea, se van estrechando los límites de su influencia a medida que acumula en el centro todo su poder. Es cierto que Galicia se mantiene incansable al desaliento y que Valencia ha demostrado una fidelidad a prueba de escándalos, pero esa última plaza también está muy tocada, de manera que puede que al PP sólo le quede Galicia en su límite periférico. Lo cual dibuja un mapa desequilibrado, inestable y, a la larga, ingobernable. A pesar de ello puede conseguir los votos necesarios en las próximas elecciones para continuar gobernando, aunque sea con pactos contra natura, pero la situación acabará siendo insostenible. Nadie puede gobernar todo un Estado desde la mentalidad de una ínfula barataria.●

DEBATE. Las TIC / Esteve Almirall

¿Para qué ‘smart cities’?

Queda alguien que no haya oído hablar de *smart cities*? Probablemente no, es uno de esos conceptos que se han ido incorporando hasta tal punto que ha llegado a convertirse en un epíteto de ciudad: las ciudades tienen que ser *smart*.

Es un término tan utilizado y cotidiano como poco claro. ¿Qué es una *smart city*? La pregunta tiene multitud de respuestas y ninguna al mismo tiempo. Esta ambigüedad sólo hace que agravarse cuando nos preguntamos ¿para qué sirve? Son preguntas irrenunciables. ¿Cómo vamos a decidir cuánto y cómo invertir sin contestarlas?

Lo primero que nos suena al oír *smart cities* es lo relacionado con tecnología: lumi-

narias que se apagan o reducen su intensidad si es necesario; semáforos que se coordinan evitando la espera cuando no pasa nadie; o mejoras en la gestión energética. Todo esto ya estaba funcionando cuando a las ciudades no las llamábamos *smart*.

Una segunda lectura nos aproxima a nuevos paradigmas como *Open Data*. Ésta es la situación en la que gobiernos y ciudades incorporan nuestros datos a portales, con formatos directamente utilizables por web y aplicaciones. También proporcionan acceso wi-fi rápido, sin límite de tiempo, ni login. Esta solución va dirigida a ciudadanos y visitantes de las zonas más concurridas, como aeropuertos o playas, de manera que haga posible ofrecer servicios de nueva generación. El *Open Data* constituye un ejercicio de transparencia y fomenta la creación de *apps* ciudadanas que proporcionan

servicios sin coste para el contribuyente. Al tiempo, estimula la creación de empresas. Nuestras ciudades ya están construidas y, por más eficientes que intentemos hacer nuestros semáforos, nuestras calles seguirán teniendo más o menos el mismo ancho.

Smart cities también significa acceso a los servicios municipales a través del móvil y hacer su uso tan fácil, cómodo y eficiente como otras aplicaciones como WhatsApp, Facebook, o Google Maps. ¿Por qué iban a ser menos los servicios públicos? *Smart cities* potencia la marca de ciudad.

¿Cuál de ellas debe ser nuestra prioridad? Parecería que priorizar en base a nuestros problemas y objetivos fuera la forma obvia de responder la pregunta. En nuestro caso, con un 25% de paro y una crisis de la que apenas salimos, el crecimiento económico y social podría ser la respuesta.●